

El *Epistolario* de Miguel Hernández

Una de las traiciones —no la más cruenta— a la obra de un escritor, sobre todo si ésta es poética, se perpetra en el acto de su traducción a otro idioma. El traductor, lo que hace en realidad es asumir unas ideas que no son suyas para convertirlas en moneda de curso legal en el idioma al que las vierte. Es un tópico inveterado hablar de esa traición, no aviesa aunque sí ineluctable del *traduttore*. No es la realidad del texto la que se ofrece en la nueva versión sino algo que se admite en un estadio de mera aproximación. Pues bien, los epistolarios que no fueron escritos para su publicación —como es el caso de las cartas privadas de Miguel Hernández—¹ están sujetos a una infravaloración literaria por su calidad de mensajes funcionales a veces patéticamente inconfesables. Como principio deontológico del crítico, y como sano prejuicio del respeto familiar, debería evitarse su publicación sobre todo en casos de tan ferocísima responsabilidad como el que se refiere al acoso vital padecido por Miguel Hernández en unas horas trágicas de triste recordación. Miguel Hernández no es un poeta que lega unos textos literarios a la posteridad, sino un ser acuciado y perseguido por las circunstancias en que su vida se debate, que sólo intenta sobrevivir y que está actuando ya por debajo de sus posibilidades conscientes, mediatizado por la agresividad, por el dolor, por la nostalgia y por una concatenación psicológica de miedos y perturbaciones psíquicas que no propician un estado idóneo para hacer literatura. Publicar, por lo tanto, estas cartas que Miguel Hernández escribe sin otro propósito que el de sobrevivir y el de ir tapando, de mala manera, esos agujeros profundos que le abre despiadadamente la realidad, es algo que nada tiene que ver con la obra de un poeta o con un propósito literario que debe realizarse con la serenidad y tranquilidad de ánimo que provoca eso que se ha dado en llamar inspiración. Para mí no es un término trasnochado sino totalmente válido.

Lo que reclama Miguel en esas horas tristes de su marginación histórica es la piedad de sus prójimos. Pide dinero, pide compasión, pide comprensión. Esta última insatisfacción se evidencia cuando se queja a Federico García Lorca del poco eco que ha tenido en la crítica el primero de sus libros, *Perito en lunas*. La pretensión de Miguel es la que corresponde a la impaciencia de un adolescente. La contestación de Federico es absolutamente cabal, literaria y madura.

Las cartas de Miguel Hernández no pueden entrar en la consideración de texto literario. Son tomas de contacto urgentes para la solución de problemas inmediatos. En el siglo XIX el género epistolar era un medio de aproximación y de exposición confiden-

¹ Miguel Hernández, *Epistolario*. Prólogo de Josefina Manresa. Edición de Agustín Sánchez Vidal. Alianza Tres, Madrid, 1986.

cial del pensamiento al carecer de otras formas de comunicación inmediata. Lo que en Galdós, o la condesa de Pardo Bazán o Gustavo Adolfo Bécquer —pongamos por caso sus *Cartas desde mi celda*— son posiciones de estilo, en Miguel Hernández son gritos de socorro, clamor que se produce en un área de valor testimonial que sirve sin duda para reconstruir una etapa histórica del poeta con un mínimo margen de error si se desestiman algunas alegaciones menos sinceras que advertimos en ciertos mensajes y se sustituye su estado de carencia por el valor que ciertamente atesora la emoción de aquello que se anhela aunque no se consiga. Hay un valor testimonial sin género de duda que el autor de la edición de este libro, Agustín Sánchez Vidal, pone de manifiesto en las notas o apostillas que hace figurar al final del *Epistolario* en riguroso orden cronológico. El autor de la edición desconfía también de la estimación literaria de las cartas de Miguel cuando dice: «En ese calor humano reside el interés de este *Epistolario*, mosaico cuyas piezas no constituyen un modelo de gran literatura, ni siquiera de esas ingeniosas observaciones y donaires con que los escritores componen su perfil para la posteridad. Es la necesidad lo que las mueve, más que la inspiración. Primero la de sobrevivir como poeta, luego, ya al final, la necesidad de sobrevivir al tifus, al chantaje y a la cárcel».

El adolescente Miguel, es decir, el hombre inmaduro que todavía no ha roto el fuego de la consagración, se cree seguro de haber hallado su voz en su etapa retoricista en la que todavía no ha conseguido los signos de su verdadera identidad. Por eso la contestación de Federico García Lorca es aplastante. Le habla el Federico de sus primeros poemas que ya tenía un proyecto de aventura casi galáctico.

No parece haber duda de que este *Epistolario* es un cañamazo sólido sobre el que pueden reconstruirse documentalmente las vicisitudes del malogrado poeta Miguel Hernández.

En las notas finales en que se comenta el *Epistolario*, Agustín Sánchez Vidal se manifiesta de manera muy estricta resumiendo los hechos con una gran objetividad, pero precisamente porque reconocemos su rigor crítico, echamos de menos al citar las cartas dirigidas por Miguel Hernández a José María de Cossío, el que no aluda, en absoluto —tanto por lo que se refiere a las anteriores a la Guerra Civil como a las posteriores— a que ya habían sido publicadas, al menos en grandes fragmentos, con sustanciosos comentarios por el poeta Leopoldo de Luis y el profesor Jorge Urrutia en su edición de *El hombre acecha* (Ediciones de la Casona de Tudanca, Santander, 1981). Tampoco cita otros trabajos de estos críticos sobre el autor de *El rayo que no cesa*.

No nos parece lógico tampoco publicar las cartas de Miguel Hernández a José María de Cossío sin esbozar unas ideas que trasmitan al lector la importancia de la ayuda decisiva y de la amistad desinteresada que este escritor propició al gran poeta de Orihuela. Existe una reserva última de Miguel Hernández a este respecto que no está definida ni contrastada con el comentario que exigiría una cuestión de tanto alcance.

Por lo demás la edición de este *epistolario* es una aportación documental a la biografía de Miguel Hernández digna de la mayor estimación.

José Gerardo Manrique de Lara